

Autin-Grenier, Pierre

No soy un héroe. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2015.
102 p. ; 20x13cm.

Traducido por: Eugenia Pérez Alzueta
ISBN 978-987-3744-03-7

1. Literatura Francesa. E. Pérez Alzueta, trad. II. Título
CDD 840

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la coédition Jules Supervielle, a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la coedición Jules Supervielle, cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

Título original: *Je ne suis pas un héros*

© 1992, Gallimard.

© de la traducción: Eugenia Pérez Alzueta

1ª edición: octubre de 2015

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

© Dedalus Editores

Paraguay 3034 3º D, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

© Cuarto Propio

Valenzuela Castillo 990, Santiago, Chile

www.cuartopropio.cl

Diseño de cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-3744-03-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

No soy un héroe

PIERRE AUTIN-GRENIER

Traducción

EUGENIA PÉREZ ALZUETA

 **Dedalus Editores**


EDITORIAL
CUARTOPROPIO

No soy un héroe es el primer volumen de una trilogía titulada *Una historia* y constituida por: *No soy un héroe*, *Toda una vida completamente desperdiciada* y *La eternidad es inútil*.

Pierre Autin-Grenier nació en Lyon el día de San Isidoro en 1951, lloviznaba levemente sobre los muelles del Saona. Autor de poemas en prosa, *nouvelles*, relatos y textos breves de autoficción, reparte su tiempo entre su ciudad natal y Vaucluse, donde vive.

*Esta autobiografía
en tinta simpática
es para mi amigo
Shahda.*

Soy un muchacho normal y razonable, señor. Jamás me
hice notar. ¿Usted me habría notado si no me hubiese
sentado al lado suyo?

BERNARD-MARIE KOLTÈS
Roberto Zucco

Vivo sentado, cual un Ángel en manos de un Barbero.

ARTHUR RIMBAUD
Poesías

Crueldad

Ángeles de verdad no habíamos visto nunca hasta esa mañana de mistral en la que Madeleine encontró uno, enredado entre los barrotes de la verja de entrada como atrapado entre las mallas de una red. Repetidas veces advertí que ese cerco era una verdadera trampa para cualquier cosa que vuele. Si hubiese sido por mí, hace ya buen rato que habría sacado esa cerca y mandado la casa al medio del campo, ¡libre! Pero Madeleine siempre pretextó que entonces nuestro bullterrier ejecutaría verdaderas razias en los gallineros y conejeras de las granjas de los alrededores, y así, el alambrado quedó. ¿Es, sin embargo, razón suficiente que este perro tenga instintos de pantera negra para emparedarnos cual salvajes detrás de nuestra muralla?

El caso es que nos encontramos con este ángel a cuestas con pinta de alucinado y como bola sin manija, por cierto muy maltrecho por su desconcertante aventura. Una vez que lavamos sus peores heridas con agua oxigenada y que las desinfectamos luego, lo frotamos

con unguento calmante; también tuvimos que fabricar un tabique para sostener una de sus alas, muy seriamente dañada. Madeleine fue quien tuvo luego la idea de apartarlo en el desván donde, a salvo de todo peligro, podría poco a poco recuperar sus fuerzas. Lo hizo, realmente, bastante rápido. Hace no más de dos días, lo vimos animarse a salir e ir a sacudirse un instante al patio, bajo el templado sol de diciembre. Aunque todavía algo diáfano de aspecto, nuestro ángel, evidentemente, recobraba vida.

Pero, ¿qué diabólica inspiración nos llevó, esa mañana, a irnos a pasar el día a la ciudad, dejar el tragaluz del desván abierto y a nuestro ángel, abandonado a su suerte con sólo una palangana de agua fresca y un poco de comida? Ceder al capricho de Madeleine de pasear por la ciudad sin para nada prever ni un segundo el drama que sobrevendría, fue mostrarse, ciertamente, flojo. ¿Pero acaso tenemos siempre la presciencia de las catástrofes que nos habitan?

Así que, al volver de nuestra escapada al anochecer y al constatar la desaparición de nuestro protegido, sólo nos bastó un minuto para imaginar lo peor... Descubrimos efectivamente a nuestro ángel bien al fondo del jardín, entre las garras del Bull que, tras haberle devorado la mitad del cráneo, se entretenía con él como si se tratase de una vulgar ave, con malévolos placer hacía crujir con sus dientes sanguinolentos el frágil esqueleto; ¡ese perro estaba ensañado como un demonio con el cadá-

ver del pobre ángel! Ante el espantoso espectáculo nos vimos forzados a admitir que, a imagen y semejanza del hombre, las bestias también muestran a menudo una crueldad inaudita entre ellas.

Paso del tiempo

¿Por qué empujé la puerta de ese negocio en el que no tenía manifiestamente nada que hacer, ninguna compra urgente, ni un poco de ganas de vichar un rato la mercadería, ningún crimen que cometer? Distracción o desidia, o hastío tal vez... Me encontré de pronto transportado al corazón de un verdadero jardín zoológico donde se mataban sacudiendo sus alas mujeres desgredadas de toda especie, y el violento tufo a gallinero resultante de ese despiole infernal me hizo por un instante tambalear. Temí incluso ser la repentina víctima de un apareamiento mecánico con una u otra de esas encarnizadas aves de corral de tan inextricable que parecía el entrecruzamiento. Fue entonces que invoqué a Dios.

Luego todo sucedió como en un sueño. Divisé en lo alto de una estantería un objeto sin ninguna particularidad, puesto evidentemente ahí para atizar, lo más probable, la codicia de quien aprecia, no lo heteróclito ni lo útil, ni siquiera lo que es agradable a la vista, sino tan

sólo la nadería barata. Tomé posesión de la cosa, la hice deslizar sin más por el bolsillo de mi sobretodo porque era invierno, y sin hacer serios esfuerzos para disimular el robo, me propuse encontrar en lo posible la salida. Lo dicho, el tumulto no tenía nombre, y apretando fuertemente mi tesoro contra la pierna intenté escapar, paso a paso, hacia la libertad.

Desgraciadamente en el instante mismo en que alcanzaba mi objetivo, un cancerbero en enagua cuyo emperifollamiento suscitó tanto horror como fascinación, me clavó una garra firme en el hombro.

—Perdóneme —balbuceé con pinta a la vez de afligido y de golpe indiferente—, hacía tanto tiempo que no robaba nada.

Secretos bien guardados

Dicen que la abubilla de plumas rojas, comúnmente llamada “gallo de los campos”, adivina los secretos de los hombres y encuentra tesoros escondidos; al menos eso es lo que afirman ciertos fervorosos ornitólogos, y hasta ahora, esto me había intrigado de manera considerable. Ahora bien, justamente esta mañana, una de estas aves de pico hurgón vino a sondear un pedazo preciso de tierra justo debajo de mi puerta ventana. Sin apartarse ni un milímetro de ala del perímetro reducido que parecía haberse asignado a sí mismo para la prospección, el animal buscador de oro (o el curioso incorregible, como usted guste) emprendió con extrema minuciosidad dar vuelta hasta la más mínima brizna de pasto a su alcance y perforar lo más profundo posible cada centímetro cuadrado que dejaba descubierto. Desde mi observatorio, acechaba el instante en el que el empedernido buscón lograra arrebatar al pedazo de tierra algún terrible secreto del hombre, o incluso revelar la ubicación de riquezas hasta el momento insospechables.

Yo me cuidó bien de no abandonar mis secretos en el pasto, de no dejarlos echar raíces a los cuatro vientos, para que el primero que pase me los arranque así nomás y se alimente con la repugnante glotonería de un ladrón que, tras haberte desnudado por completo, sólo piensa en tenerte a su merced, explotando tu vergüenza o legítimo pudor, para cada día degradarte un poco más. No, a los menos infames los dejo enfriar bajo mi corazón de piedra; los más obscenos duermen en la carbonera de mi alma, acompañados por viejas abyecciones y delirios más recientes aunque igual de inconfesables. De esta forma me limpio la conciencia con poco y en cuanto al resto, el carnaval de lo cotidiano, muestro por la calle la máscara de quien se merece cien veces caminar con la frente en alto. El curioso fisgón podía entonces perforar de punta a punta la tierra entera que no iba a penetrar en lo más mínimo lo que soy en verdad. Sin embargo, empecinado, se obstinaba en su vana tarea y, con el paso del tiempo, no hacía más que ponerme impaciente por conocer adónde lo conduciría su búsqueda.

Que esta abubilla, ahí bajo mi ojo vigilante, de pronto hubiera descubierto un tesoro, ¿lo confieso?, habría sido para mí una decepción total. Efectivamente, hace ya buen tiempo que el oro no me quita el sueño, y su poder me es indiferente al punto que por la noche ya no me preocupa si tengo algo para subsistir al día siguiente. No tenía veinte años cuando en un puñado de noches dilapidé renta y capital en los lugares mejor puestos de los

suburbios, de común acuerdo con todos los crápulas de los barrios bien, y desde entonces no tuve oportunidad de arrepentirme. Así es que ya me despedí de la posibilidad de algún día ser rico nuevamente, como un idiota de boca muda que jamás recuperará la palabra o la razón; tan sólido precepto, en un mundo tan codicioso y corrupto, me garantiza una dulce indiferencia y serenidad a perpetuidad. ¡Salí! ¿La abubilla va a inventar un tesoro en mi prado? Tenía toda la razón en esperar algo raro, extraño, de una tan larga y meticulosa y profunda prospección.

Y de pronto al fin toda esa industria desde hace horas desplegada lleva a mi pequeña bestia a felices primicias de éxito: fija de repente un punto preciso por ella ya desherbado, dirige sobre ese minúsculo lugar todos sus esfuerzos, concentra allí lo esencial de su energía en vistas de, pareciera, extraer pronto el misterio; el animal se estremece con ardor renovado, su tenacidad hasta el momento desesperada va a encontrar ahora, con seguridad, justa recompensa. Excitado por la espera, el corazón latiendo furiosamente a rebato, abro los ojos de par en par más allá de lo posible, enloquecido de sólo pensar que podría perderme el mínimo instante del tejemaneje endiablado de la bestia.

Algo, ¡ya está!, llega a la punta de su pico... Es una especie de recia lombriz que ella intenta, diría uno, extir-

par de su antro. De donde estoy, no creo poder entrever nada mejor. Esta especie de gusano aparece a medias fuera de la tierra y, muy contrariado, me preparo para dejar el acecho cuando, de golpe, mi abubilla, violentamente, cae de boca, despliega urgida sus alas, entra en pánico, aletea, en vano intenta afirmarse, ¡y se la da de trompa contra el polvo! Por un segundo parece recuperarse, querer luchar contra esa especie de gusano; se debate con la voracidad de un ave rapaz que hiciera frente al ojo del ciclón, pero es claro que le cuesta recuperar la delantera. Rabiosa ella tira; bajo tierra eso tira. Ella se empeña, eso se empeña. Ella resiste, eso resiste. ¡Ay, le encantaría largarlo ahora, pero no lo hace! Sus patas se quiebran, plumas vuelan; pico, cabeza, cresta están ya enterrados: ¡de águila a avestruz aspirada por la nada en un santiamén! Pasmado, apenas si tengo tiempo de reaccionar ante el fabuloso espectáculo que ya no percibo del pájaro nada de nada.

Sin embargo, era en verdad un lindo pájaro, hay que reconocerlo, y se lleva consigo sin duda muchos secretos.